

de cosas que se cree que ignoramos, en ver á nuestro alrededor mismo lo que nos ocultan con mayor cuidado, en descubrir las más remotas intenciones de nuestros cortesanos; en fin, no sé cuál otro placer no abandonaríamos por éste si la sola curiosidad nos lo proporcionara.»

El gobierno es, pues, un espectáculo, y el espectáculo era uno de los grandes placeres del siglo XVII. A los hombres de aquella época gustábase ver representadas las pasiones y ridiculeces en el escenario del teatro por actores y aún por ellos mismos, dondequiera que se reunían, en la corte ó en la capital; eran observadores y, como hoy se dice, psicólogos, y en medio de la ociosidad y de la obediencia en que vivían, no tenían otra cose que hacer que mirarse, y las Memorias y las correspondencias atestiguan el placer que en ello encontraban. Mayor era el placer real por lo mismo que el espectáculo del rey era más vasto, ya que abarcaba todas las provincias, todas las naciones, todas las cortes, todos los príncipes, «toda la tierra.» Luis XIV no se cansaba de mirar ni de escuchar, pues nadie le ha aventajado en curiosidad por conocer noticias, lo mismo grandes que pequeñas. Ahora bien; es cierto que un rey debe mirar mucho y enterarse de muchas cosas, y que hace perfectamente en preferir el placer de su curiosidad á «no sé cuál otro placer;» pero por no haber descubierto la curiosidad de Luis XIV que los negocios de Estado tienen, como las ciencias, puntos espinosos y oscuros, habrán de derramarse, en las postrimerías del reinado, todas las noches en casa de la señora de Maintenón, abundantes lágrimas de invierno que tardarán más en secarse que las de la primavera.

### III.—El «yo» del rey

Luis XIV, y esto se ve desde sus primeras palabras y desde sus primeros actos, pone simplemente en sí mismo el principio y el fin de las cosas. Probablemente conocía en globo las largas teorías sabias sobre la excelencia del poder real, escritas por los hombres de Iglesia y por los jurisperitos, pero para nada necesitaba esta erudición; creía en sí mismo por un acto de fe, y si dijo: «El Estado soy yo,» quiso decir simplemente: «Yo, Luis, que os hablo.»

Este «yo,» que dominó todo un siglo y le imprimió su sello, es el producto de una larga historia. La raza de los Capetos y la de los Habsburgos, nobles, antiguas y cansadas, dieron una última flor, soberbia y grave, en la persona de Luis XIV. Era éste nieto de Enrique IV, pero también de Felipe II; biznieto de Borbón, pero también de Carlos V; de modo que si era de Francia, también era, y aun más, de España. No se parecía á su padre, hidalgo francés flaco y esbelto, sino que era, como su madre, grueso, sosegado y serio. Ni la seriedad continua es francesa, ni lo son tampoco esa altanería natural, ni el orden hierático impuesto á la corte, cuya confusión y familiaridad lamentaba Ana de Austria, ni la distancia entre el rey y el resto de los mortales, ni la mezcla de lujuria y de devoción, ni el gobierno por el gabinete y las oficinas, ni la ambición de aparentar dominar á Europa, ni la política inmiscuyéndose en todos los asuntos, ni la total confusión del Estado y de la religión, en la que parece vivir el recuerdo de los autos de fe de Aragón y de Castilla; ni era, en fin, Versalles

domicilio, como el Escorial, de una majestad que se aísla de la vida común para no habitar más que consigo misma. No puede pretenderse ciertamente calcular con precisión los efectos de la positiva aunque oscura fuerza de la herencia; pero no cabe olvidar que también los reyes son hijos de sus madres. Los hijos de Catalina de Médicis fueron verdaderos italianos en el trono de Francia; por lo demás, examinando las cosas de cerca, se vería que pocos reyes de Francia fueron genuinos franceses.

De España-Austria, más bien que de Francia, parece haber heredado Luis XIV su orgullo enorme, inverosímil, faraónico; pero circunstancias históricas francesas despertaron y exacerbaron en él el sentimiento atávico.

Su primer recuerdo preciso debía transportarlo á Saint-Germain, en el momento en que su madre, abandonando la estancia mortuoria de Luis XIII, entró en su cámara y se arrodilló delante de él para «saludar á su hijo y á su rey.» Dos días después, el viaje á París escoltado por soberbias tropas de la casa del rey y por la nobleza que cabalgaba ataviada ricamente; las carrozas parisienses saliendo á su encuentro en Nanterre; la adoración, en la puerta de Saint-Honoré, de la corporación de la ciudad arrodillada; un pueblo bullendo en las calles ó subido á los tejados, y la inmensa aclamación: «¡Viva el rey!» y los gritos de las mujeres «¡Qué guapo!» A los dos días el niño, llevado en brazos por el capitán de sus guardias y precedido de los heraldos de armas, entra en el Parlamento y es instalado en el trono; un sitio vacío entre su madre y él indica la distancia que los separa; delante de él permanecen de rodillas varios ujieres. La reina le levanta del trono y él asegura á «su» Parlamento «su benevolencia.» El canciller, vestido con la purpúrea túnica y llevando en la mano el mortero «lleno de oro,» se arrodilla ante él y toma sus órdenes. Así comenzó la vida para Luis XIV, en una edad en que los niños asisten á las funciones de polichinelas; y cuando se le censura por haber sido siempre rey y nunca hombre, no se tiene en cuenta que no podía distinguir en sí mismo al hombre del rey, puesto que se conoció rey siempre. La realeza era en él natural, era su naturaleza misma.

El primer autógrafo que de él se conoce es la copia de un modelo de escritura: «A los reyes se les debe homenaje; hacen todo lo que les place;» y durante toda su educación no oyó decir otra cosa. Pasó, es cierto, por la prueba de la Fronda; pero los insurrectos gritaban: «¡Viva el rey solo!» En cuanto á las injurias de ciertos escritores, no se enteró de ellas. Dondequiera que se presentaba se le recibía en triunfo, y cuando la corte fué á Normandía, á principios de 1650, para atajar las intrigas del partido de los príncipes, «la presencia del rey» bastó para que todo se arreglara. Por esto «se decía que si la reina quería conquistar todo el universo, le bastaría hacer que el rey lo recorriera solo el tiempo preciso para dejarse ver.»

Después de la Fronda, quedaba en los ánimos cierto desorden; la fe monárquica estaba entibiada por los recientes recuerdos y por el mal gobierno del cardenal; pero esperaba el momento de reaparecer en todo su esplendor.

El destino se había cumplido. El antiguo régimen de Francia no había dejado detrás de sí más que ruinas; la

última revolución había sido miserable, y en ella había perecido la idea de una monarquía vigilada por magistrados y templada por resistencias. No le quedaba á la nación otro medio de estimarse y de admirarse á sí misma que estimarse y admirarse en el rey, por quien estaba representada; y la nación quiso que fuese más grande que los reyes más grandes, más poderoso que los reyes más poderosos de los otros pueblos. Nuestros padres, que por amor propio hacían de la necesidad virtud y gloria, consideraron que la perfección de la autoridad monárquica era un privilegio de la Francia, y se alababan de que el rey «era verdaderamente emperador en su reino, puesto que en él no recibe más ley que la de sus ordenanzas,» y que de todos los monarcas es el único que no da de las cosas más razón que esta «porque así nos place.»

El perpetuo trabajo humano sobre la idea de Dios llevaba entonces casi á confundir la monarquía divina con la monarquía humana, presentando á la realeza como la imagen de la divinidad proyectada entre los hombres. En efecto, repiten á menudo voces diversas, así hugonotes como católicos, que el rey es la imagen de Dios, y aun cabría preguntarse si no es más bien Dios el que se amolda al rey: «El Dios del siglo XVII fué una especie de Luis XIV imagen y soberano del otro. La misma revolución renovó el cielo y el Estado: los santos locales é independientes de la Edad Media se eclipsan y se subordinan, como los señores feudales y libres, para formar una corte de adoradores... Las supersticiones disminuyen, y la religión, purificada y pomposa, ofrece el más correcto y noble espectáculo (1).» Los dos cultos, el del rey y el de Dios, unidos en una intimidad profunda, dan á quien los practica una regla muy sencilla de toda la vida: vivir dócilmente bajo el poder de Dios que es Dios, y del rey que es su imagen. El rey, como Dios, hace lo que se le antoja, y sus mayores faltas y las miserias más grandes de sus súbditos no perturban la fe en la monarquía, del mismo modo que las intemperies y la peste no desconciertan la fe en Dios. Este estado de conciencia avenía perfectamente con aquella época en que era imposible toda resistencia á la Iglesia y á la monarquía que acababan de salir juntas del peligro de las rebeldías. El sentimiento religioso y la lealtad monárquica disimulaban bajo un bello atavío esa abdicación de la inteligencia y de la voluntad.

El hombre, finalmente, se ha complacido siempre en inventar seres de humanidad superior, como si con ello quisiera reponerse de su debilidad. Los antiguos tenían sus semidioses; algunos filósofos de nuestros días sueñan con un superhombre que avasallaría á la humanidad, pero por el cual sería ésta exaltada. La antigua Francia tenía su superhombre, que era el rey (2).

(1) H. Taine, *La Fontaine et ses fables*, París, 1861, páginas 217-218.

(2) Un grabado puesto en la portada de una traducción de un tratado de Hobbes representa la mitad superior de un gigante que sale de una montaña llevando la corona en la cabeza, la espada en la mano derecha y la balanza de la justicia en la izquierda. Su busto y sus brazos están llenos de una infinidad de personajes muy pequeños, hombres, mujeres y eclesiásticos amontonados. Véase en Lacour-Gayet, *l'Education politique...*, todo el libro II, «la teoría del poder real entre los contemporáneos de Luis XIV,» y en P. Janet, *Histoire de la science politique*, 2.ª ed., 2 vol., París, 1887, los cuatro primeros capítulos del libro IV.

Y quería que este rey fuese glorioso; en ella retoñaba cierto sentimiento de la gloria de la antigüedad pagana. Los hombres de la Edad Media admiraron el valor del héroe que derriba al adversario y amaron y cantaron las gestas de la espada; pero no erigían columnas ni arcos de triunfo, ni esculpían trofeos ni medallas que perpetuaran rostros, ni grababan en la piedra ni en el bronce catálogos de dignidades. Tampoco levantaban efigies en las plazas públicas, sino que las estatuas de los reyes y de los magnates yacían humildemente en las tumbas bajas, en espera del día en que la trompeta del ángel anunciara la resurrección y el Juicio final. Toda la vida futura estaba en Dios, y á Dios, á Nuestra Señora y á los santos estaba reservada la gloria. El Renacimiento resucitó los arcos de triunfo en donde los héroes modernos aparecen vestidos ó desnudos al estilo antiguo, los bajos relieves en los cuales desfilan las espaldas encorvadas de los vencidos, los trofeos de las armas conquistadas, las medallas con inscripciones laudatorias, las estatuas sobre alto pedestal, las famas que arrojan coronas y entonan ditirambos con sus trompetas, y el orgullo pagano de vivir en la memoria de los hombres por la gloria. A mediados del siglo XVII, el amor á la gloria apasionaba á toda Francia, es decir, á tres ó cuatrocientas mil personas, clérigos, nobles y togados, educados por los jesuitas y en los colegios de las universidades, y era celebrado en versos franceses y en versos latinos, é inspiraba el teatro y la novela y la pompa de las fiestas decorativas en que el rey se vestía de sol y los príncipes de héroes.

Esperábase y predecíase un gran reinado; el púlpito cristiano anunciaba que se «agitaba algo ilustre y grande para Su Majestad;» los escritores querían grandeza en el soberano, y los servidores del rey, Colbert, Louvois y Lionne, querían realizar cosas magnas. Así es que cuando se advirtió en Luis XIV la posibilidad de un Luis *el Grande*, hubo una explosión de entusiasmo y de admiración; la gente se lo figuró aún más guapo de lo que era; los ojos de los contemporáneos elevaron su estatura y se sintieron deslumbrados por su majestad, hasta cuando le veían de bata ó jugando al billar, y se produjo una especie de conspiración universal para hacer de él un genio. El gran poder y la autoridad de Luis XIV nacían de la conformidad de su persona con el espíritu de su época.

Fué un amante de la gloria y en todas las ocasiones declaró este amor: «El amor á la gloria precede seguramente en mi alma á todos los demás.» En sus memorias lo compara con el amor verdadero.

«... El calor de mi edad y el deseo violento que sentía de aumentar mi reputación me comunicaban una pasión intensa de obrar; pero desde aquel momento comprendí que el amor de la gloria tiene las mismas delicadezas y casi me atreveré á decir que las mismas timideces que las pasiones más tiernas, pues si tenía ardor para distinguirme, no tenía menos miedo de fracasar y estimando como una gran desgracia la vergüenza que sigue á las menores faltas, quería adoptar en mi conducta las últimas precauciones... Sentíame contenido y apremiado casi igualmente por un solo y mismo deseo de gloria.»

En esta concupiscencia de gloria, tan poderosa en él como la de la carne, quiso ser glorioso como Augusto,

el protector de las letras; como Constantino y Teodosio, los protectores de la Iglesia; como Justiniano, el legislador. En su concepto, «era necesaria en la gloria la variedad;» pero desde muy joven tenía «una secreta predilección por las armas,» predilección que deplorará en su confesión suprema: «He amado demasiado la guerra.»

Para él y para sus contemporáneos, la gloria de las armas es más hermosa y más propia de reyes que las otras; «la cualidad de conquistador es considerada como el más noble y el más elevado de los títulos.» Un rey hace la guerra en cumplimiento de sus funciones, de su empleo, por decirlo así. Luis XIV, cuando firma la paz, se alaba de que «su amor paternal» á sus súbditos haya prevaecido sobre su «propia gloria;» sus súbditos le felicitan por ello, como si hubiese realizado un sacrificio y dispensado un beneficio meritorios, y él, para indicar que la guerra es cosa enteramente suya, les da las gracias por su «ayuda.» Todo admira y celebra la gloria de las armas, el *Tedéum* de las iglesias, las odas de los poetas, el arte de los pintores, de los escultores y de los arquitectos. El rey adopta actitudes convenientes delante de los pintores, de los escultores y de los poetas que esperan su gesto y que habiendo agotado el repertorio de las alabanzas le suplican que descanse un momento:

«Gran rey, cesa de vencer, ó yo ceso de escribir:»

Sólo una fuerza habría podido refrenar ese orgullo fatal y esa pasión de la gloria, la religión; pero la religión, tal como la comprendió Luis XIV, aun agravó el orgullo.

El rey no era todavía «devoto» en 1661, y aun parecía entonces que nunca había de serlo, pues estaba consagrado por entero á la gloria, al trabajo, al amor y á las fiestas. Iba de París á Saint-Germain, á Chambord, á Fontainebleau, á Versailles, abandonando cada vez más, en tanto llegaba el momento en que la dejaría y renegaría de ella, la capital que la Fronza había deshonrado. El primer verano, pasado en Fontainebleau después de la muerte del cardenal, fué delicioso. La señora de La Fayette ha relatado aquellas jornadas en que toda la corte se iba al bosque, se bañaba en el río y regresaba á palacio; el rey y los jóvenes acompañaban á las damas, que montaban á caballo, elegantemente vestidas, con mil plumas en la cabeza. Después de cenar, iban todos en calesas á pasearse por el canal durante una parte de la noche, al son de las lentas tocatas de los violines, y en estos paseos nocturnos, el rey «se colocaba junto á la calesa de La Valliere, cuya portezuela estaba abierta, y como la escena pasaba en la obscuridad de la noche, le hablaba con mucha comodidad.» Para la Valliere, la primera de las favoritas oficiales, dió el rey en la primavera de 1664, en Versailles, que entonces era un pequeño palacio en un sitio no muy vasto, la fiesta de los «Placeres de la Isla encantada,» que duró nueve días y fué deslumbradora y original. Moliere fué en ella el actor principal; montado en un carro alegórico, representó al dios Pan, el más pagano de todos los dioses, y celebró en la «Princesa de Elida» el derecho de amar á diestro y siniestro:

«En la edad en que se es amable,  
Nada hay tan hermoso como amar...»

Y por último, el día 12 de mayo puso en escena los tres primeros actos de *Tartuffe*, esa comedia sacrilega que la Compañía del Santo Sacramento tenía empeño en hacer prohibir. ¿Iba, pues, á perderse el rey de Francia en la compañía de los libertinos?

Ni un minuto pensó en tal cosa. Ciertamente que no le gustaba verse contrariado en sus amores y que no era instruido en religión ni lo será jamás; pero su madre y sus confesores le habían hecho contraer costumbres piadosas, y rezaba sus oraciones mañana y tarde, pasaba el rosario, oía misa todos los días, escuchaba con atención numerosos y largos sermones y ya exigía de los jóvenes cortesanos compostura en la capilla y apariencias de devoción. Además, tenía para amar la religión esas razones personales que sin ruido, sin discusiones, inadvertidas por la conciencia, guían á los individuos. Su nacimiento había sido un milagro que el rey Luis XIII y la reina Ana, después de muchos años de esterilidad, lograron á fuerza de votos y de oraciones; por esto se le dió el sobrenombre de Deodato, y en acción de gracias la reina Ana dedicó la iglesia del Val-de-Grace «A Jesús naciente y á la Virgen Madre.» Todo esto se lo dijeron á él, como le dijeron también que era el rey cristianísimo y el hijo primogénito de la Iglesia; y como todas estas cosas eran agradables, las creyó y se convenció de que era bendito entre todos los hombres y el más cercano á Dios.

La vecindad de Dios no embarazaba á Luis XIV. Los sacerdotes le decían que era hombre y polvo, pero él no les daba crédito; y acaso lo creían ellos mismos? También les oía decir que era la imagen de la divinidad: «¡Oh, reyes, sois como Dioses!» Sus deberes para con Dios los expresó por medio de máximas singulares como ésta: «Dios es infinitamente celoso de su gloria y si nos ha hecho tan grandes, ha sido quizás para que nuestros respetos le honrasen más.» De manera que, sin el menor reparo, con sinceridad evidente, establece entre Dios y él el régimen de reciprocidad, creyendo que, hasta cierto punto, Dios necesita de él. Después de haber relatado sus primeros éxitos, añade que se creyó obligado á darle las gracias y enumera toda una serie de actos de su gratitud, á saber: regla adoptada para reducir «las gentes de la Pretendida Religión Reformada» á los términos precisos del Edicto de Nantes; prohibición de asambleas hugonotes, limosnas hechas á los pobres de Dunkerque para volverlos al catolicismo, gestiones cerca de los holandeses en favor de los católicos de Güeldres y dispersión de las «comunidades en donde se fomenta el espíritu de novedad de los jansenistas.» Esto indica, de una parte, una pobre idea de Dios á quien el rey supone ofuscado por la pasión de la gloria, ni más ni menos que un miserable mortal, y, de otra, un concepto elevado de sí mismo, y por la combinación de una y otro un programa temible que se cumplirá durante todo el reinado. Pero Luis XIV quiere, además, que se sepa que con ocasión del jubileo «asistió á una procesión á pie, acompañado de sus servidores;» parece como si creyera que Dios, desde el cielo, inclinando su blanca cabeza, ha mirado, no sin cierto placer de amor propio, como el rey de Francia se tomaba la molestia de aquella caminata á pie.

Dotado de belleza, vigor y gracia, de un fondo no malo, de un sentido justo y recto; animado del amor al

oficio, de la idea noble del deber profesional y de la aplicación á este deber; pero con una educación moral casi nula y una educación política insuficiente, y sobre todo con esa religión, esa pasión de la gloria, ese orgullo, esa herencia del pasado que gravita sobre una persona, después de todo ordinaria, y que no tiene en sí misma elementos con que contrapesar esa fatalidad poderosa y pesada; esa persona en peligro de ser perversa; peligro de que el egoísmo degenera en una adoración de sí mismo, de que el sentido justo y recto se ciega, de que el amor al oficio y la aplicación al deber se desvían de los fines serios y grandes para inclinarse á las satisfacciones del orgullo puro, de que la prudencia se vea obligada á emplearse en precauciones y artificios para preparar ó reparar las imprudencias; peligro de una conducta y de una política sin más mira que los ditirambos y los arcos de triunfo..., tal se anunciaba, encantador é inquietante, aquel á quien se denominará el gran rey. Este sobrenombre hay que dejárselo; pero es muy digno de observarse que nadie haya dicho de Luis XIV que fué un gran hombre. Es grande como rey, como oficiante de la monarquía; las glorias de los antepasados, la riqueza, la fortuna y la belleza de la Francia le revisten de un esplendor, que lleva como el traje que le corresponde. Es el gran sacerdote creyente del culto del cual es idolo, y como tal le anima una fe tranquila y es impecable en el cumplimiento de los ritos. No en vano se propuso demostrar, como ha dicho, «que todavía hay un rey en el mundo,» ya que en efecto es el tipo de ese personaje que se llama rey, y lo es no sólo para su época, en que los reyes imitaron su palacio, su corte, su persona, sus gestos, su aspecto todo, sino también para todos los tiempos. Constituye un documento y un testimonio brillante en la historia de la potestad monárquica que es asimismo la historia de la sorprendente aptitud de los hombres para admirar y obedecer; pero despojado de la realeza, es un «hombre de bien» como había muchos en aquel entonces en la corte y en la capital y de quien no hacen caso ni La Bruyere ni Saint-Simón.

## CAPITULO II

### EL PRIMER MINISTERIO (I)

Desde hacía tiempo, «deseaba y temía á la vez» Luis XIV el momento de entrar en escena:

«Prefiriendo sin duda en mi corazón, ha dicho, á todas las cosas y hasta á la vida una alta reputación, si es

(I) FUENTES: Los documentos anteriormente citados, en especial las *Mémoires* de Luis XIV, de la señora de Motteville, de Brienne (Luis Enrique de Lomenie, conde), del padre de Choissy, el *Journal fait par chacune semaine* y las *Relazioni* de los embajadores venecianos. El segundo tomo del *Journal d'Olivier Lefèvre d'Ormesson*. Las cartas de Luis XIV en el tomo V de sus *Œuvres*.— El primer tomo de Clement, *Lettres* (para Colbert antes de 1661), el segundo (para el arresto de Fouquet). Los *Mémoires au Conseil* de 1661, t. I, publicados por J. de Boislière («Société de l'Histoire de France») han aparecido estando en prensa este tomo.

OBRA DE CONSULTA: Las de Cheruel y de Lair, citadas anteriormente, pág. 35. — I. Clement, *Histoire de Colbert et de son administration*, 3.<sup>a</sup> ed., París, 1892, 2 vol. — Colbert, *intendant de Mazarin, Colbert avant le Ministère, Comment travaillait Colbert*, en la «Revue de Paris», números de 1.<sup>o</sup> de septiembre y 15 de octubre de 1896 y de 15 de noviembre de 1901.

que podía conquistarla, pero comprendiendo al propio tiempo que mis primeros pasos echarían los cimientos de la misma ó me harían perder para siempre hasta la esperanza de alcanzarla...»

Algunas horas después de la muerte del cardenal convocó á las principales personas de la corte y del Estado y ordenó á los secretarios de Estado y al superintendente de hacienda que no firmaran nada y al canciller que nada sellara sin su mandato. Y al presidente de la Asamblea del clero que le preguntaba á quién habría de dirigirse en lo sucesivo para arreglar los asuntos, le respondió: «A mí, señor arzobispo.» Estos «primeros pasos» fueron acertadísimos; Luis XIV había triunfado en su debut como rey.

Muy pronto se supo que sólo escogía tres personas para el «Consejo Supremo,» Fouquet, Miguel Le Tellier y Hugo de Lionne.

Le Tellier tenía cincuenta y ocho años; hijo de un consejero del Tribunal de los Subsidios, sus primeros empleos fueron en la magistratura, habiendo sido consejero del Gran Consejo, procurador del rey en el Chatelet de París y relator en el Consejo de Estado. La intendencia del Piamonte, entonces ocupado por los ejércitos franceses, que le fué conferida en 1639, puso de manifiesto sus dotes de administrador militar; tres años después, comenzaba á ejercer el cargo de secretario de Estado del departamento de guerra, en el que se mostró apasionadamente laborioso, muy inteligente y reformador. Durante los disturbios de la menor edad del monarca permaneció fiel á la reina y al cardenal. Era un hombre en extremo sagaz, que había visto muchas cosas y las había mirado atentamente, y se servía admirablemente de la experiencia que había adquirido en materias de justicia, de administración, de guerra, de política y de corte. «Hombre sensato, sin sombra de vanidad, lleno de prudencia,» vivía en la antigua sencillez de los magistrados, no toleraba cerca de él ningún fausto y sus modales eran afables y corteses. De su esposa Isabel Turpin, hija del consejero de Estado, Juan Turpin, tenía tres hijos; su hija se casó con el duque de Aumont, uno de los más ilustres nombres de Francia; y su hijo primogénito, el marqués de Louvois, nacido en 1639, tiene asegurado desde 1654 el privilegio de suceder á su padre en el desempeño de su elevado cargo. El padre, poco á poco, le ha ido dejando el trabajo, y en 1661 éste pesa casi por entero sobre él. Al joven secretario de Estado no se le reconoce «tanto talento como á su padre;» pero es «prudente, aplicado y bienquisto del rey,» que le da lecciones y se cree su maestro; el padre se guarda muy mucho de hacer ver que interviene en esta educación. El menor de los Tellier abrazó la carrera eclesiástica; será un gran prelado, arzobispo de Reims, pero se observa que aun no se halla en posesión de abadías. El embajador veneciano cree que el padre no ha querido que las posea, por temor «de aparecer demasiado interesado y de excitar el odio por su afán de enriquecer su casa que, por otra parte, es en extremo rica;» y añade que puede decirse que «Le Tellier vive á la vez en grande y modestamente,» pero es que el ministro sabía cómo debía vivirse delante del nuevo soberano.

Hugo de Lionne nació en 1611, de una antigua familia delfinesa. Su padre Artús de Lionne, consejero